

Consideraciones acerca de Lucano

Por Joaquín MELLADO RODRIGUEZ

Discurso de presentación leído por su autor en la sesión ordinaria de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, el día 20 de noviembre de 1979.

Excmo. Sr., Ilmos. Sres., señoras y señores:

Antes de abordar la cuestión central de mi exposición, permítanme decir unas palabras a modo de justificación del tema elegido: no quisiera correr el riesgo de que ésta, mi primera intervención ante Vds., pudiera merecer el calificativo de osada y petulante, tanto por el objeto del tema cuanto por la categoría intelectual de las personas ante quienes tengo el honor de estar hablando. Vds., señores académicos, tuvieron la deferencia de nombrarme correspondiente en Córdoba, dentro de la sección de Bellas Letras. Al Cuerpo de Académicos y, muy especialmente, a todas aquellas personas que propiciaron mi nombramiento, de nuevo mi respeto, mi gratitud y reconocimiento: reconocimiento, en estricta respuesta al que Vds. han manifestado para conmigo; gratitud, como corresponde a quien no se considera con derecho a tal honor; y mi respeto, porque siempre han contado con él y, por tanto, con mucha más razón, a partir de ahora.

Así pues, ya que, en cumplimiento del artículo 8.º del Reglamento de esta Real Academia, he de dar lectura a un trabajo de investigación, por mi condición de latinista y cordobés, me ha parecido casi obligado el ofrendar mis primeros pasos en esta docta casa a la memoria de una de las personalidades literarias más relevantes y a la vez más controvertidas de todos los tiempos: nuestro Lucano. Creo que es este carácter de ofrenda, aunque modesta, el que libera a mi empresa del calificativo

de osada y mi derecho a hacerla el que me exime del riesgo de parecer petulante.

Constituyen una auténtica legión los especialistas que han dedicado su estudio a la obra de Lucano, (para comprobarlo basta con asomarse a cualquier relación bibliográfica). Debido, precisamente, al interés que siempre han suscitado su vida y obra, estos estudios se perfilan desde las perspectivas filológicas más diversas. No obstante, hay un hecho en la vida de Lucano que, en lo que yo conozco, aún no ha sido tratado con la debida reflexión. Pero, con objeto de partir de una situación idónea, permítanme detener brevemente la atención sobre algunos de los hechos más relevantes de su corta vida: nace en Córdoba el 3 de noviembre del año 39. Su padre, M. Anneo Mela, hermano de Séneca el filósofo e hijo, por tanto, de Séneca el retórico y su madre Acilia, hija del entonces famoso orador y escritor cordobés Acilio Lucano, se trasladaron a Roma cuando Lucano contaba sólo ocho meses. Allí se cría y educa al amparo de los Anneos y Sénecas, lo más granado de la aristocracia intelectual de la Roma del momento. Ya desde pequeño cautiva la atención de todos, llegando a ser considerado el prodigio de la familia. El propio Séneca el filósofo se deshace en alabanzas «al presentar como motivo de consolación a su madre, Helvia (1), las gracias que ya en este niño constituían el encanto y la esperanza de toda la parentela» (2).

Concluidos sus estudios en Roma, viaja a Atenas, como era de rigor entre los jóvenes de su clase, para completar su instrucción. A su vuelta fue admitido en la corte de amigos de Nerón, etapa en la que publica algunas obras menores. Según P. Grimal (3), para el año 62, es decir, a los 22 años de edad, ya había publicado los tres primeros libros de la *Farsalia*. La fama obtenida por sus éxitos literarios atrajo sobre él la envidia de Nerón, situación que llegó a su cénit cuando Lucano tuvo la osadía de concurrir a un certamen poético al que también se presentó Nerón; triunfó Lucano, pero, a partir de este momento, Nerón le prohibió publicar sus obras, hacer declamaciones en público y toda actividad forense (4).

(1) **Cons. Helu.** I, 18.

(2) MARINER, S. "Epopeya e Hispanidad". *Estudios Clásicos* XX, 1976. p. 314.

(3) GRIMAL, P. *Revue des Études Latines*, 1960, pp. 296-305.

(4) TACITO, *Ann.* XV, 49.

Según Tácito y Vacca, este abuso de poder, por parte de Nerón, fue la causa de que Lucano se enrolara en la conjura capitaneada por Pisón. Y cuentan Suetonio y Tácito (5), que Lucano, descubierta la conjura y acuciado por una falsa promesa de impunidad, si daba los nombres de los demás conjurados, llegó a delatar a su propia madre, Acilia. El 30 de abril del año 65, cuando contaba 25 años, recibía Lucano la orden de quitarse la vida, orden que ejecutó mandando que le abriesen las venas. Estos y la relación de sus obras son algunos de los datos más relevantes que nos han llegado de la vida de Lucano; los conocemos gracias a dos biografías: la de Suetonio y la de Vacca, y algunas noticias dispersas proporcionadas por varios autores.

No me voy a detener ahora en temas tan sugestivos como el análisis estilístico de su obra, valor histórico de la Farsalia, su militancia en la filosofía estoica, grado de dependencia ideológica respecto de su tío Séneca el filósofo, etc., muy atractivos todos ellos pero que, tal vez por esa causa, ya han merecido la atención de una multitud de estudiosos más cualificados que yo. Por otra parte, ya he apuntado la existencia de un hecho poco estudiado, a mi modo de ver: me refiero a la acusación hecha por Suetonio y Tácito de haber delatado a su propia madre. Una acción de este calibre, que descalifica a una persona por muy importante que sea su producción literaria, resulta extraña, chocante, casi inconcebible para quien ha leído a Lucano y ha contemplado de cerca la profundidad de su pensamiento estoico, el innegable sabor senequista de sus frecuentes sentencias, el rabioso ahínco con que trata de defender la libertad de un pueblo visceralmente republicano que, sin saber cómo, se entrega en las manos de un tirano vestido de payaso.

Este primer rechazo fue lo que me llevó a indagar en los textos de la época con la esperanza de encontrar algún testimonio capaz de purificar la mancha que pesa sobre nuestro autor. Por supuesto, soy consciente de que esta noble empresa merece mejor abogado, pero eso está fuera de mi alcance; por tanto, pasemos al estudio.

En aras de una mayor operatividad lo dividiremos en dos partes: en la primera trataremos de rastrear el origen de la noticia y, tras la conclusión a la que lleguemos, veremos las razones que se oponen a la veracidad de tal hecho.

(5) SUET. *De uiris Illustribus* y TAC. o. c. XV. 71.

1.—Historia de la acusación:

1.1. La noticia:

La noticia de la denuncia nos ha llegado por dos conductos: la *Vita* de Lucano incluida en el *De uiris illustribus* de Suetonio, obra que, como Vds. saben, nos ha llegado bastante mutilada, y los *Annales* de Tácito, XV, 56. El hecho de que esté recogida por los dos historiadores más autorizados de la época, y sobre todo Tácito, nos obliga a caminar con suma cautela; por ello, voy a intentar enlazar todos los extremos:

1.2. Posible relación entre Suetonio y Tácito.

En primer lugar, nos interesa conocer la fecha de publicación de una y otra obra por su posible vinculación. Nos faltan datos fidedignos para fijar la fecha en que aparece el *De uiris illustribus*, pero es opinión generalizada, basada en ciertas alusiones (6), el datar su publicación en los últimos años del principado de Trajano. Como éste muere en el año 117, ya podemos dar una fecha, siempre aproximada, que iría del 115 al 117.

Mejor suerte vamos a tener al intentar datar los *Annales* de Tácito, pues contamos con fuentes más clarificadoras. En efecto, el propio Tácito afirma: «Exim uentum Elephantinen ac Syenen, claustra olim Romani imperii, quod nunc rubrum ad mare patescit» (7), esto es, «desde allí pasaron a Elefantina y Siene (la actual Asuan), término en otro tiempo del imperio romano que hoy se extiende hasta el mar Rojo». Esta cita nos sirve tanto de término *a quo* cuanto de término *ad quem*, desde que la consagrara Sir Ronald Syme (8) para fechar la publicación de los *Annales* después del año 115: Germánico habría conquistado estos territorios en 115 ó 116, siendo abandonados posteriormente por Adriano en agosto del 117. Luego fácil es concluir que la publicación tuvo lugar entre ambas fechas. Por tanto, las dos obras, el *De uiris illustribus* y *Annales*, se publican por el

(6) PALADINI — CASTORINA, *Storia della letteratura Latina*, I. Bologna, 1969. p. 410.

(7) *Ann.* II. 61.

(8) *Tacitus*. vol. II. Oxford, 1958, p. 768.

mismo tiempo. De ello se desprenden unas preguntas obligadas: ¿se conocían sus autores?, ¿pudieron leerse mutuamente o facilitarse información?, ¿utilizaron las mismas fuentes?. La respuesta es unánime para todas ellas: no cabe la menor duda. No he logrado encontrar citas que respondan directamente a estas interrogantes, pero sí razones suficientes: por una parte, como atestigua Rostagni (9), sabemos que Plinio el Joven era amigo y protector de Suetonio, hasta el punto de que algunos eruditos, ante la falta de información sobre el origen de éste, han llegado a suponer que era oriundo, como Plinio, de la Galia Cisalpina (10). Además, las escasas noticias que poseemos de la vida de Suetonio se deben, casi en su totalidad, a las cuatro cartas conservadas de las remitidas por Plinio, en las que le llama **camarada** y **condiscípulo**, (11), y a otras dos dirigidas a Trajano (12). A esto hay que añadir otro dato interesante: en una de las cartas (13), tras exhortarle a publicar rápidamente una de sus obras (no sabemos a cuál se refiere), le dice: «yo también soy tímido a la hora de publicar, pero tu me has vencido en indecisión y demoras... La obra está acabada y en perfectas condiciones y no consigues darle más brillo con la lima, sino gustarla». De donde podemos deducir que Plinio conocía los trabajos de Suetonio incluso antes de ser publicados.

De otra parte, toda la correspondencia de Plinio es un testimonio prácticamente ininterrumpido de la amistad, casi sagrada, que le unió a Tácito desde la infancia hasta su muerte; de su vida en común, de su asistencia a las mismas escuelas, de cómo discutían sus respectivos trabajos en fase de elaboración, etc.

La conclusión es obvia: pudo existir relación personal entre Suetonio y Tácito. Pero admitiendo, incluso, la hipótesis de que nunca se diera entre ellos esta relación personal, sin duda alguna, debieron relacionarse a través de Plinio; y si no directamente, al menos a través de ese mismo canal, debió existir un continuo trasvase de información, incluso en el período de elaboración de las obras. Con

(9) ROSTAGNI, *Storia della letteratura Latina*, III, Torino, 1964, p. 258.

(10) BASSOLS, *Suetonio. Vida de los doce césares*. Alma Mater, Barcelona, 1964, p. XV, ss.

(11) PLIN. *Epist.* I, 18; III, 8; V, 10; IX, 34.

(12) O. c. X, 94 y 95.

(13) O. c. V, 10.

esto creo que podemos dar por terminado este punto de nuestra argumentación. Pasemos, pues, al siguiente:

1.3. Fuentes de Suetonio y Tácito:

1.3.1. Fuentes literarias:

Por la complejidad del problema, procuraré ceñirme sólo a las fuentes que ambos utilizaron para el período de Nerón, donde se inserta el objeto de este trabajo. Para ello seguiré de cerca el estudio realizado por Henri Goelzer (14).

Pues bien, comencemos por Suetonio. Este autor no suele proporcionar sus fuentes de información. Para detectarlas, se ha de realizar un estudio comparativo con otros historiadores del mismo período y con las obras de aquéllos que no precisaron de otras fuentes que sus propios sentidos, por ser contemporáneos de los hechos que narran. Este es el procedimiento seguido por Ph. Fabia (15), entre otros, y que conduce al resultado, aceptado por la generalidad de tratadistas, de que Suetonio, para este período, utiliza las mismas fuentes que Tácito. De este modo, aunque no hayamos podido desvelar la identidad de esas fuentes, al menos hemos conseguido mantener unidos los eslabones de nuestra argumentación. Pasemos, pues, a Tácito, donde se despeja la incógnita con facilidad, ya que él mismo nos indica la procedencia de su información, si bien de una forma muy peculiar, como observa Goelzer (16). Estas fuentes, para el período que nos ocupa, son: Cluvio Rufo (17), Plinio el Viejo (18), y Fabio Rústico (19). Los tres vivieron bajo el principado de Nerón y, por tanto, los tres fueron contemporáneos de los hechos que narraron. La forma peculiar de citarlos, a la que acabo de aludir, consiste en hacerlo sólo cuando están en desacuerdo entre ellos, con lo que, al inclinar su juicio a favor de una de las versiones, nos ahorra la labor crítica de averiguar en qué orden de preferencia los coloca. De

(14) GOELZER, **Tacito. Annales**, I. Les Belles Lettres, París. 1969, 8.^a edic. Introducc.

(15) FABIA, **Sources de Tacite**, p. 390 ss.

(16) **O. c.** p. XVI ss.

(17) **TAC. Ann.** XIII, 20; XIV, 2.

(18) **O. c.** I, 69; XIII, 20; XV, 53.

(19) **O. c.** XIII, 20; XIV, 2; XV, 61. Mayor abundancia de datos en CESARE QUESTA, **Studi sulle fonti degli Annales di Tacito**, Ateneo, Roma, 1960.

este modo podemos afirmar que es Cluvio Rufo quien juega el papel principal en los últimos libros de los **Annales**, hasta el punto de convertirse en la base del relato, seguido de Plinio el Viejo y, por fin, Fabio Rústico, al que acude Tácito de forma casi meramente subsidiaria, o para constrar su versión con la de Cluvio y Plinio dando la razón a éstos (20).

A este respecto, llama la atención el hecho de que Tácito dé más crédito a los relatos de Plinio el Viejo que a los de Fabio Rústico, máxime si tenemos en cuenta que en los **Annales** (21), refiriéndose a un pasaje de Plinio el Viejo (22), critica «su gusto excesivo por las minucias y los detalles insignificantes» y más adelante (23), «la mediocridad de su talento de escritor e incluso su falta de juicio» (24); por el contrario, tras haber afirmado de Fabio Rústico, comparándolo con Tito Livio, que era «el más elocuente de los modernos» (25), lo descalifica con la sentencia «Sane Fabius inclinatus ad laudes Senecae, cuius amicitia floruit», (26) esto es, «es que Fabio tiende a alabar a Séneca, pues adquirió fama gracias a su amistad». En efecto, hay que considerar correcta la descalificación de Fabio Rústico, como fuente adecuada, para todo lo concerniente a la familia de los Sénecas, por no encontrarse en situación idónea para juzgar con imparcialidad. Pero ese mismo criterio habría que aplicarlo a las demás fuentes; y es justamente a partir de aquí cuando nos vemos abligados a poner en tela de juicio la honestidad de Suetonio y Tácito: como si la capacidad de juicio pudiera disminuir sólo por la amistad y no por su contrario, el odio, siguen los relatos de Cluvio Rufo y Plinio el Viejo, justo los autores más hostiles a Séneca y su familia, como es sabido de todos. De ahí que las obras de Suetonio y Tácito rezumen esa misma hostilidad. Recordemos, a título de ejemplo, cómo Tácito afirma de Séneca que escribía los discursos a Nerón sólo para hacer ostentación de su talento (27); y Suetonio, por su parte, que «su preceptor, Séneca, le disuadió de estudiar a los viejos oradores a fin de asegurarse por más

(20) O. c. XIII, 20.

(21) XIII, 31.

(22) **Hist. Nat.** XVI, 200.

(23) **Ann.** XV, 53.

(24) Citas tomadas de Goelzer, o. c., p. XX.

(25) **TAC. Agr.** 10.

(26) **Ann.** XIII, 20.

(27) O. c. XIII, 11.

tiempo su admiración» (28). Parece que procede también de Suetonio, como afirma Dolç (29), la acusación de Servio quien, tal vez creyendo que con ello desprestigiaba a Lucano, dice textualmente: «Lucanus ideo in numero poetarum esse non meruit, quia uidetur historiam composuisse, non poema» (30), con lo que nos ofrece uno de los argumentos más valiosos sobre el valor histórico de la Farsalia: «así pues», dice, «Lucano no mereció ser incluido en el número de los poetas, pues parece que compuso una historia y no un poema». En este punto se puede hablar indistintamente de Séneca o de Lucano, pues parece que no se trata tanto de la persona cuanto de la familia.

1.3.2. Tradición oral procedente de círculos hostiles:

Sin duda, esta hostilidad debió estar relacionada con lo que un historiador de la categoría de Sir Ronald Syme ha llamado «la conquista de Roma por Hispania» (31); y es la familia de los Anneos, Sénecas y Melas la que en ese momento está en la cumbre de la sociedad intelectual romana. Si a esto le añadimos el valimiento de Séneca ante Nerón, estaremos ante uno, si no el principal motivo de esa reacción de hostilidad por parte, al menos, de quienes codiciaban esa misma hegemonía.

Otro tanto cabe decir de Lucano, que a los 22 años se había atraído la atención de toda la aristocracia intelectual de Roma. Este prestigio debió acarrear también consecuencias negativas, sobre todo dada la afición de los romanos a escribir libelos difamatorios. El propio Augusto hubo de promulgar una ley contra estos libelos por su proliferación y el daño que causaban, según el mismo Tácito (32).

No resisto la tentación de avalar la aceptación de que gozaron en las esferas intelectuales, tanto Séneca como Lucano, sirviéndome precisamente de Suetonio y Tácito: afirma el primero que Calígula «despreciaba tanto el estilo excesivamente muelle y afectado, que decía de Séneca el escritor más del gusto de la época, —**tum maxime placentem**—, que componía meras piezas ornamentales que eran como

(28) SUET. **Ner.** 53.

(29) DOLÇ, **Retorno a la Roma clásica**, Madrid. 1972, p. 230.

(30) SERV. **Aen.** I, 383.

(31) Conferencia dictada en la Fundación Pastor, citada por Mariner, l. c.

(32) TAC. **Ann.** I, 72.

arena sin cal» (33); y Tácito, a su vez, escribe: «al orador se le exige también ornamento poético, pero no el contagiado del estilo trasnochado de Accio y Pacuvio, sino el derivado del santuario de Horacio, Virgilio y Lucano» (34).

Tanto el tío como el sobrino son objeto también de otro tipo de hostilidad: se trata de una hostilidad que podríamos llamar académica; se desarrolla en la época Flavia por parte de aquellos que, amantes de los cánones literarios tradicionales, no pueden soportar las rupturas que uno y otro producen en la retórica y la poesía respectivamente. Un claro ejemplo tenemos en el gran maestro de retórica, Quintiliano, quien afirma de Lucano que debe ser imitado más por los oradores que por los poetas (35); pero, al hablar de Séneca, sus palabras adquieren tono de queja y protesta; oigámosle: «Conscientemente he omitido la mención de Séneca al hablar de los diferentes tipos de elocuencia. Mi actitud obedece al falso bulo que se ha difundido en el sentido de que yo trato de dañar su fama y de que siento odio por él. Lo que me ocurre es que, mientras yo me esfuerzo por devolver su antiguo rango al arte de la elocuencia, corrompido e impregnado de toda clase de vicios, resulta que la juventud, en la práctica, sólo lee a éste» (36).

Hasta aquí hemos tratado de exponer las distintas fuentes de donde pudo surgir la acusación, caso de no ser cierto el hecho. Pasemos ahora a considerar el índice de credibilidad que ofrecen los dos autores que la transmiten:

1.4. Credibilidad de Suetonio y Tácito:

En lo que a Suetonio concierne, no hace falta estar dotado de una sagacidad especial para detectar el crédito que merece por la inconsistencia y gratuidad de algunos de sus juicios (37). Por ello, no vamos a detenernos en él; me remito a la simple lectura de su obra.

(33) SUET. *Cal.* 53.

(34) TAC. *Dial.* 20.

(35) QUINT. *Inst.* X, 1, 90.

(36) O. c. X, 1, 125.

(37) *Ner.* 30; 46, etc.

En cuanto a Tácito, ya hemos visto la tendenciosidad con que selecciona sus fuentes, al postergar a Fabio Rústico y preferir las versiones de Plinio el Viejo, a pesar de haber reconocido la inferioridad de éste frente a aquél. Bien es verdad que la elección pudo estar condicionada, al menos, por la carta de Plinio el Joven en la que, confiando en la segura pervivencia de los escritos de Tácito, le pide que incluya a su tío en las **Historias**, pues de este modo se verá inmortalizado. A este respecto, las palabras del propio Goelzer son suficientezadas (38). A este respecto, las palabras del propio Goelzer son suficientemente elocuentes: «me veo obligado a concluir que el método seguido por Tácito en la puesta a punto de sus materiales, no es menos imperfecto que su método de investigación... y sólo una cosa lamento, el no haber abierto antes los ojos a la luz, en lugar de dejarme ofuscar con tanta frecuencia» (39).

Tampoco se muestra escrupuloso a la hora de interpretar hechos e introducir datos de su propia cosecha: véase la frivolidad con que habla de los cristianos: «el fundador de esa secta, Cristo, había sido ajusticiado por Pilato. Reprimida de momento esta execrable superstición...» y continúa: «los cristianos no tanto fueron convictos del crimen de incendiarios cuanto del de odio al género humano» (40). Y, dicho sea de pasada, en el ambiente de hostilidad hacia los cristianos, surgido en un sector de la intelectualidad de la época de Trajano, los miembros más destacados eran, precisamente, Suetonio, Plinio el Joven y Tácito.

De su facilidad para inventar nos habla un hecho detectado ya por Goelzer (41): se trata del discurso que Claudio pronunció ante el Senado en favor de los galos que habían acudido para solicitar el «ius honorum»; la reproducción facilitada por Tácito (42) no tiene nada que ver con el original, transmitido textualmente en las «tabellae» de Lyon. Por supuesto no es el único pasaje de Tácito en el que se detecta falta de veracidad histórica; oigamos a Presedo (43), gran conocedor de Egipto y su historia: «no creemos escandalizar a nadie

(38) **Eplst.** VI, 16.

(39) **GOELZER**, o. c. p. XXII.

(40) **Ann.** XV, 44.

(41) **O. c.**, p. XIII, nota 4.

(42) **Ann.** XI, 24.

(43) **PRESEDO**, "Comentario a Tácito y a Elio Arístides", **HABIS** 2, 1971. pp. 127-136.

si afirmamos que, en general, es un autor que carece de la más elemental información sobre el valle del Nilo... Cuando habla de Egipto, Tácito acumula disparate sobre disparate, coronando su tirada con la afirmación de que Ramsés había conquistado Libia, Etiopía, a Medos, Persas, la Bactria, la Escitia (**Ann. II**, 60)... Concretando nuestra opinión, creemos que del testimonio de Tácito no se puede sacar consecuencia alguna, porque a la falta de información une una carencia de lógica verdaderamente ejemplar» (44).

Y, por fin, dado el parecido que presenta la acusación de Lucano con los libelos de difamación, veamos un último dato: Tácito pone de manifiesto su desdén por estos libelos (45), y, a pesar de ello, como denuncia Muñoz Valle, respaldado por un gran acopio documental. «toda la historia de Tiberio reposa, en el fondo, sobre información libelática» (46).

De todo lo expuesto hasta el momento, podemos extraer las siguientes conclusiones:

1.º.—El hecho de que sean dos los historiadores que se hacen eco de esta posible acción de Lucano, frente a otros que la omiten, no le confiere mayor grado de credibilidad, dadas las relaciones existentes entre ambos y su mutuo trasvase de información.

2.º.—Las fuentes literarias de que se sirven Suetonio y Tácito ofrecen poca fiabilidad, al menos, en todo lo referente a las familias de los Anneos y Sénecas, por su confesada hostilidad, actitud que descalifica su presumible autoridad.

3.º.—Aparte de otros posibles motivos, el hecho de que Séneca y Lucano ocupen puestos de honor en el campo político y literario les convierte en objeto de envidias y blanco idóneo de libelos difamatorios, tan frecuentes en aquella época.

4.º.—Tanto Suetonio como Tácito desvirtúan la realidad con cierta frecuencia.

(44) **O. c.**, p. 129.

(45) **Ann. I**, 72.

(46) MUÑOZ VALLE, **La verdad sobre Tácito**, Valladolid, 1975, p. 31. et passim.

Si aceptamos estas premisas, podemos pasar ya a la última parte de nuestro estudio.

2.—Razones que se oponen:

2.1. La ausencia de esta acusación en los restantes autores de la época. Y obsérvese que, en aras de la seriedad de nuestra argumentación, no hemos hecho referencia alguna a la *Vita* de Vacca pues, como muy bien dicen Paladini-Castorina (47), se trata de una vida apologética, aunque, de haber sido cierto este hecho, podía haber intentado justificarlo de alguna manera.

2.2. El argumento que creemos definitivo: el mismo resultado de esa hipotética delación. Sabemos que Acilia no fue castigada, lo que la pone a buen recaudo de la más mínima sospecha, pues conocemos por todos los autores de la época, y entre ellos el propio Suetonio (48), que Nerón, más enloquecido de lo que ya estaba, al tener noticias de la conjura, mandó matar a todas las personas implicadas en ella e incluso a aquellas cuya acusación se basaba en una leve sospecha. Por tanto, si es difícil imaginarse que Lucano delatara a su madre, es ya prácticamente imposible el admitir que no se tratara de una delación, sino de una calumnia de la que no podía obtener nada. Por otra parte, la acusación contra Lucano, como sugiere Herrero (49), pudo haber partido incluso del mismo Nerón por el odio que sentía hacia el poeta, cosa, por otra parte, a la que ya tenía acostumbrados a los romanos (acusación de los cristianos haciéndoles responsables del incendio de Roma, difamación de su madre, etc).

Y, tras agradecer la atención que me han dispensado, termino con el deseo de que mis palabras, dentro de sus limitaciones, contribuyan a reivindicar la memoria de una de las figuras más originales y relevantes de la literatura hispana y latina: nuestro Lucano.

(47) O. c. II, p. 195.

(48) Ner. 36-37.

(49) HERRERO LLORENTE, *Lucano. La Farsalia*. Alma Mater, Barcelona, 1967, pp. XII-XIII.